

# Introducción Editorial

## ECONOMIA EN TIEMPO FUTURO

**P**RESENTAR el propósito básico de este número 6 de PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA es tarea fácil. Basta repasar su sumario para comprobar el común denominador de las opiniones y colaboraciones que lo integran: contemplar desde la situación presente las perspectivas futuras de distintos problemas económicos que hoy tenemos planteados. Esa mirada hacia el futuro al que nos llevan las posibilidades del presente se realiza con horizontes diferentes, por muy heterogéneos protagonistas y sobre aspectos muy variados. A comentar lo que opinantes y colaboradores alcanzan a ver en ese futuro que nos espera dedicará su contenido esta introducción editorial.

**VARIEDAD CON UN  
TERMINO DE  
REFERENCIA COMUN**

Quizás la forma de conocer mejor ese futuro económico que nos inquieta sea preguntar cómo lo ve quien lleva el volante de la economía española en el momento de comenzar la excursión del año 81. **Juan Antonio García Díez** confía a nuestros lectores su personal y esperanzada visión de los acontecimientos. La apuesta económica del año 1981 se juega a una carta: el aumento de la inversión pública, única que el Gobierno tiene directamente a mano. Esa carta se ha forzado en el límite de las posibilidades existentes y con las cautelas obligadas impuestas por las condiciones de estabilidad. Las mayores inversiones públicas, flanqueadas por el programa de viviendas, aspiran a ofrecernos un crecimiento de la producción y a frenar —no a detener— el crecimiento en las cifras de desempleo. El logro de ese objetivo —ambicioso en un año de estancamiento generalizado en el exterior— cuenta con dos puntos de apoyo: la mejora de las expectativas del público consumidor —esperada por el descenso de las tasas de inflación— y una evolución favorable de las expectativas empresariales en la que se confía por el propio aliento que la mayor demanda pública de inversión supone, por los márgenes de crecimiento real positivo del crédito al sector privado y por el ambiente social favorable logrado tras dos años consecutivos del AMI.

**LA COMPROMETIDA  
APUESTA  
DE LA POLITICA  
ECONOMICA  
ESPAÑOLA EN 1981**

Las nubes en el horizonte de este recorrido se apuntan también: las dificultades de disciplinar el déficit del sector público, la efectiva moderación salarial dentro de los márgenes pactados, la crítica situación de muchas empresas, la apremiante necesidad de promocionar con intensidad las exportaciones y la urgencia y el coste de la reconversión industrial.

Leyendo atentamente el recorrido que **Juan Antonio García Díez** nos promete para los comprometidos meses próximos, conforta su optimismo sobre la tasa de inflación esperada y sobre el déficit con el exterior, dos escollos que a muchos observadores les atemorizan más que a él y cuyos valores condicionan la ganancia de la apuesta realizada por la política económica. Lo que en cualquier caso resulta innegable es que la elección de las palancas para gobernar la marcha de la economía se ha realizado con buen criterio: la política monetaria será activa y no permisiva, el control del déficit público se destaca como una prioridad fundamental, la liberalización de la economía como una necesidad apremiante y la reconversión de la industria como tarea que comprometa a todos: trabajadores, empresarios y Gobierno.

Sería bueno que asistiésemos —en este recorrido que nos espera— la fundada petición que se nos hace por quien lleva el volante de nuestra economía: «moderación en el gasto, moderación en las reivindicaciones salariales, moderación en el ritmo de vida de todos y cada uno de **nosotros**». PAPELES se atreve a subrayar el **nosotros**, porque sin ese plural que acentúa la importancia de un comportamiento colectivo razonable, será difícil que las cosas mejoren para todos.

**LA HACIENDA  
PÚBLICA Y  
LA ECONOMÍA  
ESPAÑOLA EN 1981**

No es un secreto para nadie que la Hacienda Pública ha estado presente en todas las preocupaciones generales y debates de los dos últimos años. En las preocupaciones generales del país y en las particulares de los ciudadanos porque un aumento de la presión fiscal y un vuelco espectacular en su distribución a favor de los impuestos directos sobre la renta y patrimonio han hecho más patentes y perceptibles las exigencias del Fisco a los ciudadanos. Hay que decir que eso era lo que pretendía la reforma tributaria que **todos** los partidos políticos consideraron necesaria y propugnaron en sus programas electorales de las elecciones democráticas, de junio de 1977.

Conocer cómo esa reforma fiscal se valora por quien ha dirigido la Hacienda Pública a lo largo del último ejercicio nos ha parecido dato importante, al igual que saber su rumbo actual y las grandes líneas de su recorrido futuro. El lector tiene a su disposición estas opiniones expuestas con suficiente detalle por **Jaime García Añoveros** en la primera de las secciones de la Revista.

Pero la Hacienda Pública no ha preocupado sólo por el crecido importe de la factura fiscal. El gran tema del año se encuentra en el aumento de los gastos públicos de controvertida eficacia y en la marcha, al parecer imparable, del déficit público, tan reiteradamente denunciado como temido. Sobre estos temas también compromete sus opiniones **Jaime García Añoveros**. En primer término para asumir la responsabilidad de la Hacienda Pública en la «ineludible exigencia de gastar mejor» tarea en la que «la Administración debe dar una respuesta satisfactoria» y que los contribuyentes, sin duda, esperan. En segundo lugar, debe destacarse el compromiso público que **Jaime García Añoveros** asume de

limitar el déficit público a la cifra que se considera razonable y defendible: «poco más del 3 por 100 del PIB en 1981». Un compromiso que va a reclamar para su realización un esfuerzo de voluntad política extraordinario que sería bueno registrar como un hecho al cerrarse las cuentas del ejercicio, porque, como antes se ha indicado —y ahora se reitera—, ese logro constituiría la mejor aportación del sector público para conseguir los ambiciosos objetivos de 1981.

La sección de colaboraciones de este número 6 de PAPELES divide en dos partes su contenido. Las tres primeras se refieren a la situación y problemas de la economía mundial, obligado término de referencia para situar los problemas españoles. Las nueve restantes examinan aspectos muy distintos de la economía española.

Trataremos de llamar la atención de nuestros lectores sobre los puntos que preocupan a nuestros colaboradores.

**Joaquín Muns** y **Angel Gutiérrez Escudero** tratan de ofrecer en sus trabajos el panorama económico que se contempla en los dos centros de análisis más solventes y autorizados de la economía occidental: el FMI y la OCDE.

Vista desde el FMI la situación de la economía mundial al comienzo de la década de los ochenta es delicada: las tasas de crecimiento económico se han reducido tras de la crisis energética a la mitad, la inflación en el mejor de los casos se ha multiplicado por dos, el desequilibrio de las balanzas de pagos no tiene precedentes y el aumento del endeudamiento de los países en vías de desarrollo no productores de petróleo se sitúa en los 300.000 millones de dólares. Estos pocos datos son expresivos del funcionamiento insatisfactorio de las distintas economías a las que se aplican por igual —aunque con distinta intensidad— cuatro características negativas: la caída de las inversiones, el desplome en el crecimiento de la productividad, la extendida plaga de la creciente rigidez de las estructuras productivas y laborales (que han privado al sistema económico de la virtud esencial de la flexibilidad), el descuido, en fin, de las medidas tendentes a variar la oferta para adecuarla a los datos de la crisis. Todas esas características recortan las limitadas posibilidades del año actual sobre cuyos resultados preponderan pronósticos de un pesimismo generalizado. El análisis del Fondo Monetario Internacional destaca, como afirma **Joaquín Muns**, un dato que no por conocido debe dejar de tenerse en cuenta en las distintas políticas nacionales: la demanda mundial no empujará al desarrollo económico de los distintos países. El comercio mundial marchará a ritmos reducidos del orden del 3 por 100. El país que quiera un desarrollo económico mayor tendrá que mirar al frente interno y contar con sus propias fuerzas. Los equilibrios interno de precios y exterior de balanza de pagos se convierten así en los dos puntos de apoyo en que puede descansar una polí-

**EL DOBLE  
CONTENIDO  
DE LA SECCION DE  
COLABORACIONES**

**LOS PROBLEMAS  
DE LA ECONOMIA  
MUNDIAL VISTOS  
DESDE EL FMI Y  
LAS PREVISIONES  
DE LA OCDE**

tica expansiva. Para desgracia de muchas economías nacionales esos apoyos no son firmes: la inflación no ha sido dominada y los desequilibrios exteriores de sus balanzas de pagos son ya tan crecidos como para no acentuarlos más con políticas expansivas. Por otra parte, la reestructuración de la industria es tarea pendiente en muchas economías, lo que hipoteca las posibilidades de un lanzamiento en el gasto nacional.

La extensión de estos datos entre la mayoría de las economías sitúa el año 1981 como un ejercicio de corto crecimiento que ocupará a quienes dirigen la política económica en los ajustes necesarios para un mayor equilibrio que permita tiempos mejores que se prometen para 1982. Este repaso de los puntos críticos apuntados por el Fondo Monetario Internacional en los tiempos económicos que vienen no sería completo sin subrayar la llamada de atención que **Joaquín Muns** realiza sobre un problema que frente a la espectacularidad y gravedad de los datos expuestos permanece hoy en un segundo plano. Nos referimos al problema del reciclaje de los petrodólares que ha funcionado con tan útil eficacia hasta el presente. Las instituciones financieras privadas han desempeñado hasta el momento un papel fundamental al canalizar entre el 40 y el 60 por 100 del total de los fondos para ayudar en sus apuros a las distintas balanzas de pagos. El riesgo asumido por esas instituciones en el momento presente ha alcanzado niveles preocupantes que obligan a que Gobiernos y organismos internacionales asuman un papel en esta tarea cuya deficiente realización podría crear graves perturbaciones en el funcionamiento de la economía internacional.

El trabajo de **Angel Gutiérrez Escudero** ofrece a los lectores una síntesis de las previsiones de la OCDE para los próximos dieciocho meses. Como no podía por menos de suceder esas previsiones coinciden con los tonos sombríos con los que el Fondo Monetario Internacional dibuja el panorama económico ante el que estamos colocados. El dato más dramático de esas previsiones es, sin duda, el de las cifras de paro: 23 millones de parados hoy en los países de la OCDE es ya un dato con dimensiones suficientes para preocupar a todos, pero afirmar que al término de los días que se alcanzan a ver, esto es en la primera mitad de 1982, el paro alcanzará los 25,5 millones de personas, equivale a anunciar con todo dramatismo la época de malestar que vamos a vivir. El corto crecimiento económico dominará en este tiempo mientras la inflación interna, provocada por el segundo «shock» del petróleo, se asimila por las distintas economías nacionales a través de la articulación de políticas inevitablemente restrictivas. Los desequilibrios exteriores también tratarán de reducirse en esta etapa para hacerlos controlables aunque las dificultades que la lenta marcha del comercio mundial pondrá a la expansión de las exportaciones no hacen ciertamente sencilla esta tarea en la que todos los países compiten duramente. Las diferencias en el comportamiento esperado de los distintos países en el año actual se estudian en la última parte del trabajo, que se cierra con el telón de fondo final de las perturbaciones de los mercados de cambios originadas por el dólar y que se viven con nerviosa incertidumbre sobre sus resultados finales en este comienzo de 1981.

Estos dos panoramas de la economía internacional vistos desde el FMI y desde la OCDE transmiten un mensaje claro que por duro que sea no deberíamos desoír. Se trata de que los problemas económicos actuales del mundo industrializado en el que España se inscribe, definen una nueva etapa económica en la que nos tenemos que acostumbrar a vivir. Una etapa que Herman Kahn ha denominado **la época del malestar**, un calificativo al que hay que buscar su explicación no sólo en el corto crecimiento actual, sino en la época de bienestar que caracterizó a las economías del mundo nor-occidental mientras duró la ola de prosperidad 1951-73. Hoy ese pasado constituye una historia económica irre recuperable y lamentarse por ello no arreglará nuestros problemas. Es preciso definir y aplicar políticas y medidas para dulcificar el malestar que padecemos... y para que no se agudice. Políticas y medidas a las que los países de dimensiones medias, sin grandes dotaciones de recursos naturales, sin posibilidades de un protagonismo tecnológico y carentes de una presencia vigorosa en los mercados internacionales tienen que estar muy atentos. España es uno de esos países y por lo mismo es preciso conocer y ser conscientes cada día de que nuestros asuntos económicos se hallan condicionados por la situación internacional y de que los principios a los que debe responder su administración no pueden ser distintos de aquellos que aplican los países que señalan el rumbo del espacio económico en el que estamos situados.

Estas afirmaciones no tratan de consolarnos de los cortos resultados productivos que hemos alcanzado en el año que acaba de finalizar o del difícil horizonte que recorta el próximo ejercicio. Tratan sobre todo de acentuar que solamente una política económica inspirada en los mismos principios vigentes en la OCDE nos permitirá mejorar limitadamente los resultados hoy posibles que no son, en manera alguna, las fáciles expansiones en el producto y en el empleo del ayer.

Para ganar su futuro las economías más dinámicas de la OCDE están haciendo hoy su duro trabajo consistente en dominar la inflación, moderando el crecimiento de rentas y salarios estableciendo las políticas monetarias y presupuestarias restrictivas que defrauden a quienes esperan y apuestan por la inflación, tratando de realizar los ajustes necesarios en la estructura productiva, concediendo prioridad absoluta a la solución del problema energético, facilitando la penetración de las nuevas tecnologías y aceptando la adaptación de su comercio a las corrientes comerciales impuestas por las nuevas ventajas comparativas. Esas políticas no son fáciles de implantar y el hecho de que algunos países de la OCDE no las secunden con sus esfuerzos prueba la existencia de estas innegables dificultades. Sin embargo, la **época de malestar económico** es seguro que no se mejorará con políticas defensivas frente al exterior y con desarrollos del gasto a corto plazo que dejen deliberadamente de lado la inflación, el equilibrio exterior y el ajuste de la oferta industrial. Marchar en esta dirección equivaldría a dar pasos que deberían desandarse después con costes y sacrificios considerables. Solo los países que desoyendo impacencias trabajen por mejorar sus comportamientos en el sentido indicado podrán contemplar con espe-

ranzas y posibilidades la llegada de una segunda fase que los técnicos de la OCDE ven en el horizonte: la de la expansión concertada que políticas económicas de los distintos países deben hacer duradera y que podría iniciarse en 1982.

**LA ENCRUCIJADA  
MUNDIAL:  
REFLEXIONES  
EN TORNO A DOS  
INFORMES**

A este título responde la colaboración de **Jaime Requeijo** contenida en este número de PAPELES. Constituye este trabajo una reflexión adicional y muy distinta a las dos anteriores porque su horizonte se amplía muy considerablemente y las perspectivas desde las que se examinan los problemas económicos del presente y del futuro son las del sur subdesarrollado, cuyas tensiones con el norte constituyen el drama económico más grave e importante de nuestro tiempo.

La desigualdad económica entre norte y sur es indiscutible. El 81 por 100 del producto bruto mundial se detenta por el 26,3 por 100 de la población mundial que vive en los países del norte, mientras que sólo el 18 por 100 del producto bruto mundial tiene que repartirse entre el 73,7 por 100 de la población del mundo que vive en los países del sur. Esa diferencia tenderá a agravarse en los años venideros como prueban todos los indicadores relevantes disponibles con capacidad de previsión del futuro (tasa de alfabetización, esperanza media de vida, tasa de crecimiento demográfico, consumo de energía y estado de la técnica). No puede extrañar que esas enormes diferencias hayan originado tensiones y enfrentamientos, el más importante de los cuales es, sin duda, la crisis energética posterior a 1973. Una crisis que ha definido una nueva etapa —la que hoy vivimos— con cuatro rasgos diferenciales: lento crecimiento, concentración del poder financiero en la OPEP, dificultades cada vez mayores para reciclar los excedentes de esta organización y situación desesperada de los países del suroeste, no productores de petróleo.

Los problemas originados por esta situación y el intento de hallarles remedio, han alimentado una literatura desbordante. En ella destacan dos trabajos recientes de bien diferente signo: el Informe Brandt —un discurso político— y el reportaje periodístico escrito por Servan-Schreiber —«El desafío mundial»—. A la exposición del contenido de estos dos trabajos como punto de referencia de su análisis de la economía mundial se dedica la segunda y tercera parte del artículo de **Jaime Requeijo**.

El amplio eco mundial del Informe Brandt no ha resonado ciertamente en España, en donde muy pocos trabajos —si alguno— han estudiado críticamente su contenido y sus propuestas. **Jaime Requeijo** lo hace destacando las causas del desequilibrio norte-sur, tal como el Informe Brandt las ve: el derroche de recursos, la inestabilidad de los precios de los productos primarios, el proteccionismo del norte, su absoluto dominio de la técnica y la insuficiente ayuda prestada por el norte al sur. Variar la situación que esos males originan constituye el objetivo del **plan de urgencia**, contenido en el informe Brandt, y alterar duraderamente las relaciones económicas internacionales informan su **plan a plazo medio**.

El **plan de urgencia** trata de aliviar las más intensas tensiones actuales y sus remedios residen en transferencias masivas de recursos a los países en desarrollo, poner a punto una estrategia internacional de la energía, elaborar un programa de alimentación e iniciar las reformas en el sistema económico internacional.

El **plan a plazo medio** tiene objetivos más ambiciosos, porque aspira a transferir continuamente recursos al tercer mundo (creando un posible impuesto para este fin) y erradicar el hambre en los cinturones de miseria del sureste asiático y Africa; a abrir los mercados industriales del norte a los países del sur; a regular la actividad de las empresas multinacionales, y a reformar el sistema monetario internacional y las instituciones internacionales creando un **Fondo de Desarrollo Mundial** al que se haga responsable de esta colmada agenda de trabajo.

Presentar los problemas de esas tensiones norte-sur a través de un lenguaje accesible y divulgador es el propósito que Servan-Schreiber ha tratado de servir mediante su obra «El desafío mundial». Servan-Schreiber describe —sería correcto más bien decir que caricaturiza— un norte dominado por la técnica, sumido en una gran depresión, y un sur que padece la plaga de la pobreza, aunque cuenta con la capacidad financiera de la OPEP. Esos contrastes norte-sur no pueden sostenerse porque llevarían a un desastre final: el mundo del norte tiene que salir de la depresión y el del sur de la pobreza. Una intensa tarea de cooperación es necesaria para aunar la capacidad financiera de la OPEP y la tecnología punta del mundo desarrollado, muy en especial la tecnología apoyada en los microprocesadores de silicio. (En esta solución trabaja el Grupo de París del que, naturalmente, forma parte Servan-Schreiber.) Con esa cooperación se lograría el desarrollo simultáneo e integrado de todo el planeta y resolveríamos al mismo tiempo los problemas del desempleo. Un final feliz para un presente dramático.

¿Qué decir de estas propuestas para resolver los intensos problemas a los que se dirigen? Quizás la mejor manera de responder sea la galaica de preguntar ordenando las interrogantes que abren —y no cierran— el Informe Brandt y el reportaje de Servan-Schreiber. Esta es la alternativa por la que opta el trabajo de **Jaime Requeijo**. Seis son las preguntas que deja sin respuesta el Informe Brandt:

- ¿por qué supone que la OPEP desea un plan energético mundial que le prive de su fuerza actual?,
- ¿qué se entiende por precios remuneradores de las materias primas exportadas por el Tercer Mundo?,
- los mecanismos de regulación del comercio internacional que se proponen, ¿no paralizarán por completo los mercados internacionales?,
- ¿cómo regular la acción de las multinacionales?,
- el **Fondo de Desarrollo Mundial** ¿no se convertirá en otro organismo inoperante?,
- ¿cómo reducir la tensión este-oeste, necesaria para comprimir el gasto en armamento y liberar fondos para aplicarlos a ese plan global de desarrollo?

La obra de Servan-Schreiber, tras de divertir al lector con el recorrido por sus intrigantes escenarios, le deja casi sin respuesta alguna por lo que al final de sus páginas todo son preguntas:

- ¿cómo es posible transferir al mundo subdesarrollado la tecnología punta?,
- ¿cómo se traspasa la experiencia japonesa —los «buenos» en la historia de Servan-Schreiber— a los países subdesarrollados?,
- ¿es posible el desarrollo generalizado que propugna?,
- ¿cómo se logra que una sociedad multipolar y conflictiva se apacigüe y se apreste a crear un mundo distinto?

Tras de esta excursión crítica, la colaboración de **Jaime Requeijo** termina ofreciendo sus propias respuestas al problema de la tensión norte-sur, respuestas que constituyen medidas menos ambiciosas, pero, aún con eso, muy difíciles de conseguir. Cuatro parecen ser las fundamentales:

- Comprimir el consumo energético en el norte y búsqueda acelerada de nuevas fuentes de energía.
- Reducir la protección que el mundo desarrollado dispensa a su agricultura e industria ligera para permitir la evolución de las ventajas comparativas.
- Aumentar considerablemente los flujos de ayuda norte-sur: debe incrementarse la financiación compensatoria, desvincularse la ayuda y ligar la creación de derechos especiales de giro en muy buena medida, a las necesidades financieras del Tercer Mundo.
- Facilitar la transferencia tecnológica al Tercer Mundo (por ejemplo haciendo mucho más transparente el mercado mundial de la ciencia y de la técnica) y apoyar la investigación en ese área para que, por lo menos, logre adoptar a sus propias necesidades la tecnología importada.

La difícil aplicación de esas medidas reside en que las condiciones necesarias para lograrlo son muy exigentes, porque si la guerra fría prevalece, nada se conseguirá; porque si la OPEP no aporta su capacidad financiera a este intento de impulsar el desarrollo mundial, éste será imposible; porque la carencia energética y el agotamiento de las materias primas demanda un salto tecnológico que requiere una cooperación internacional hasta ahora inexistente. Este panorama decepcionante hace previsible que la tensión norte-sur, que ha amargado la vida económica mundial en los años pasados, siga siendo el problema pendiente de los años que vienen.



**LAS POSIBILIDADES  
DE LA SITUACION  
ACTUAL Y  
EL FUTURO  
DE LA ECONOMIA  
ESPAÑOLA**

Los dos primeros artículos de la Sección de Colaboraciones, dedicada al estudio de los problemas españoles tratan de realizar un balance del momento y obtener un saldo hacia el futuro desde dos perspectivas diferentes: desde la realidad de los datos objetivos disponibles y desde el conocimiento de las opiniones de los intérpretes del proceso económico: consumidores y empresarios.

Bajo el título «Recuento de posibilidades y repaso de políticas», el Equipo de Coyuntura Económica, partiendo de los rasgos que configuran la situación actual de la economía española, trata de valorar en sus dimensiones las posibilidades con las que se cuenta para tejer el futuro. Esa situación actual de partida se define por la concurrencia de cinco rasgos fundamentales: un débil crecimiento de la producción, la renta y el gasto, con la secuela de un bajo índice de actividad y elevadas tasas de desempleo; una inflación de dos dígitos profundamente arraigada en la vida económica, social y política del país; un acusado desequilibrio en las operaciones corrientes frente al resto del mundo; una caída en el ahorro de todos los agentes de la economía, y una crisis industrial abierta en muchos sectores y no cerrada hasta el momento en ninguno.

Esos cinco rasgos definen la situación actual y comprometen la de un largo futuro a corto y medio plazo de la economía española. Sin su consideración simultánea parece imposible entender lo que nos pasa y poner remedios eficientes. La cerrada interdependencia que guardan entre sí esas características, su carácter permanente, la dificultad de encontrar soluciones a los problemas que plantean que no susciten querellas sociales y de ofrecer respuestas a tono con la magnitud de las dificultades que esos rasgos originan y su carácter mundial, en fin, deben condicionar las posibles respuestas de nuestra sociedad a los problemas que esos cinco rasgos plantean.

Al repaso de las políticas posibles de esos problemas se dedica la segunda parte del trabajo. Esas políticas posibles no pueden ser distintas de aquellas en que han articulado y están aplicando los países de nuestro mismo contexto europeo (los países de la Comunidad Atlántica agrupados en la OCDE). Lo que esos países están haciendo debe contar como premisa mayor de nuestra política económica. Hay que convertir la experiencia ajena en un activo propio para llegar a soluciones constructivas. A partir de esta premisa, el artículo elige el objetivo prioritario a que debería dirigir sus esfuerzos la política económica, que no es otro que lograr la mayor tasa de crecimiento del PIB —la tasa de crecimiento potencial— como base desde la que actuar para atender a un cúmulo de necesidades: aumentar el empleo, satisfacer las necesidades públicas, facilitar la reconversión industrial, dulcificar la querella por el reparto de la renta entre los distintos grupos sociales. La consecución de este objetivo reclama cuatro grandes variaciones en la asignación de los recursos disponibles: es preciso aumentar los recursos dedicados al ahorro y a la inversión, disminuyendo el consumo privado y público. Es necesario aumentar los recursos dedicados a la exportación, disminuyendo los dedicados a la producción interna. Es preciso reconvertir los sectores en crisis y facilitar los procesos de innovación tecnológica,

procurando que la industria desinvierta en las actividades sin futuro e invierta en aquellas que lo tienen. Es necesario, en fin, que la asignación de los factores productivos —trabajo y capital— se gobiernen bajo el dominio de rentas y costes expresivos de su relativa escasez. El crecimiento de los costes del trabajo y la caída relativa de los costes de capital están originando una asignación contraria a nuestra dotación de recursos productivos y son causa próxima de las elevadas cifras de paro.

Esas variaciones en la asignación de los recursos deben discurrir en un ambiente de estabilidad económica que ha de labrarse también por la política económica luchando contra la inflación, pues si la inflación levanta su vuelo y enciende las expectativas de la sociedad en la esperanza de precios futuros mayores ninguna de las cuatro grandes modificaciones necesarias en la dedicación de los recursos será posible.

Ese cuadro general de objetivos y necesidades trata de servirse por un amplio conjunto de medidas de política económica, cuyo contenido se analiza detenidamente en el trabajo. La parte final del mismo trata de plegarse y responder al inquietante tema de hasta qué punto el contexto político del país facilita o dificulta la aplicación de la política económica necesaria y cuáles podrían ser las consecuencias últimas de que esas medidas que reclama el tratamiento de nuestros problemas económicos no se adoptasen.

Las dificultades opuestas a la aplicación de las costosas medidas que el lento remedio de la situación actual requiere y la falta de sensibilidad de la sociedad y de la clase política hacia la urgencia de esas cuestiones económicas dificultan extraordinariamente la disponibilidad y aplicación de una política económica constructiva, lo que a su vez erosiona más aún la vitalidad y el funcionamiento eficiente de la economía. La crisis económica continuada y agravada que de esta situación se sigue puede terminar afectando a la estabilidad del propio régimen político. La gravedad y trascendencia de estos últimos efectos de la situación económica debería ser causa que motivara a todos (ciudadanos, partidos políticos, instituciones democráticas y gobierno) a la urgente y perseverante aplicación de los costosos —costosos pero existentes— remedios ahora que quizás es tiempo todavía.

**UN BALANCE  
DE LAS OPINIONES  
DE CONSUMIDORES  
Y EMPRESARIOS  
SOBRE LA SITUACION  
ACTUAL Y  
LOS PROBLEMAS  
ECONOMICOS  
DE LOS OCHENTA**

En base a los datos proporcionados por la encuesta cuatrimestral a los consumidores y por el panel trimestral de grandes empresas que realiza la Fundación FIES, el trabajo de **Francisco Alvira Martín** y **José García López** expone las opiniones de los españoles sobre la actual situación económica, sus previsiones a corto plazo, e intenta desvelar la evolución probable de algunos problemas fundamentales en los ochenta.

No es necesario ponderar el interés de, por un lado, conocer las actitudes de ese intérprete de la vida económica que es la familia de cuyas decisiones de gasto depende una parte decisiva de la actividad económica nacional y de otra parte, de contar con el dato de la cualificada opinión de un

grupo de directivos de grandes empresas para contrastar los dictámenes que proceden de los estudios económicos basados en datos objetivos con la experiencia que revelan las respuestas de los empresarios.

El cuadro de opiniones frente a la situación actual de familias y empresas no puede ser optimista. Las dificultades económicas que manifiestan los datos objetivos —los indicadores de nuestra coyuntura— se ratifican plenamente por las opiniones subjetivas de los intérpretes del proceso económico. El año 1981 se ha iniciado con un valor de 55 en el índice que mide el sentimiento económico de los consumidores, cifra que es la más baja desde que en 1976 comenzó la aplicación del índice en España. Desempleo, en destacado primer puesto, seguido de la inflación y la inseguridad ciudadana son los tres graves problemas que se arrastran desde el comienzo de la crisis y hacen crecer el pesimismo entre las familias españolas, porque enfrentan su convencimiento de que es urgente resolver esos desequilibrios, con unas previsiones generalmente negativas respecto a que los mismos entren en vías de solución en uno o dos años de plazo. Las respuestas cualificadas de los empresarios no contrarían a la opinión de las familias. El paro sectorial ha crecido dos puntos a lo largo del año 80 y las expectativas de desempleo aumentan de cara al 81, apoyadas en la mayor proporción de quienes piensan que las empresas reducirán sus plantillas laborales frente al escaso número de quienes creen que se aumentarán. El comportamiento de los precios es la única variable económica importante que presenta un matiz relativamente positivo, pues las tasas de inflación esperadas parecen haber entrado en una etapa de sostenimiento.

El mensaje de los consumidores tiene unas señales claras para la demanda de bienes duraderos y de consumo discrecional. La relación precios-ingresos familiares ha evolucionado —según la opinión pública— desfavorablemente y una mayoría amplia de consumidores anuncia que reducirá sus compras porque los precios han subido tanto que no disponen de medios para comprar bienes que no sean imprescindibles. Del lado de las empresas esta actitud se corresponde con unas previsiones de crecimiento de sus ventas interiores por debajo de la tasa de inflación previsible. Mayor desempleo, reducción de la demanda interior y una tasa sostenida de inflación son los signos dominantes de la economía española en los primeros meses de 1981, y que condicionan su curso.

Con la vista puesta en un plazo más largo, las opiniones que nos ofrecen los consumidores y empresarios destacan algunas características que van a dominar en esta década que hemos iniciado. Las más notables son las siguientes:

1.<sup>a</sup> La **incertidumbre** sobre el desarrollo económico inmediato. La confianza sobre el crecimiento de nuestra economía que dominó en el pasado no está presente ya en la conciencia de consumidores y empresarios tal y como lo manifiestan sus respuestas. Una inseguridad generalizada domina sobre las variables económicas del futuro. Estos sentimientos de **incertidumbre** e **inseguridad** parecen marcar las pautas del

tiempo que viene en el que el temor de perder lo ganado va a informar el comportamiento de todos los sujetos económicos: desde las rentas más elevadas a las más reducidas.

2.<sup>a</sup> Consumidores y empresarios conocen que la era de intenso crecimiento de 1951 a 1973 ha pasado. El ritmo de expansión de la producción en el futuro será más **lento** y más **irregular**.

3.<sup>a</sup> Los problemas económicos con los que la sociedad española se enfrenta requieren para su solución un **afianzamiento de España en la economía internacional**. La era de la autarquía ha pasado, si es que alguna vez tuvo vigencia en el sentimiento de los españoles. Esa interdependencia de la economía mundial con objeto de ganar para los españoles un mejor destino requiere para éstos, decididamente, el **ingreso en la Comunidad Económica Europea**. Las encuestas de opinión a los consumidores y empresarios valoran favorablemente los objetivos comunitarios y desean una incorporación a la CEE en esta década. Estar presente en los centros de decisión del Mercado Común ampliará y mejorará —según las opiniones dominantes— las posibilidades de la política económica propia.

4.<sup>a</sup> La dependencia energética constituye un grave obstáculo para nuestro futuro económico. Sin embargo, las opiniones no revelan aquí un cambio notable del lado de los empresarios en la situación actual y las familias parecen dudar demasiado respecto de decisiones clave en la política energética del futuro.

5.<sup>a</sup> Un dato muy positivo de las opiniones de los agentes económicos es el de que los valores propios de una sociedad industrial, como la legitimación del sacrificio personal por el logro material, se mantienen y así, el esfuerzo en el trabajo para salir de la crisis, se percibe como una necesidad por una mayoría que se extiende, incluso, al segmento más joven de los cabezas de familia. Es de esperar que esta valoración esté presente a la hora de contribuir con los sacrificios generales de la población que la contestación constructiva a los problemas de la crisis reclama.

6.<sup>a</sup> Frente a los graves problemas del futuro el empresariado manifiesta su optimismo sobre las posibilidades de reconversión industrial y a la necesaria adaptación de la empresa a las condiciones impuestas por el mercado en esta década. Sin embargo, adelanta su desconfianza sobre tres puntos clave para mejorar el destino económico de España: un desarrollo de innovaciones tecnológicas propias, el autoabastecimiento energético y la agresividad de nuestras exportaciones.

**LA COYUNTURA  
DEL PETROLEO  
Y LA INFLACION  
COMPROMETIDA  
PARA 1981**

La energía es una de las variables clave sobre las que reposa cualquier aproximación a lo que pueda ser el año 1981 en España. Esta dependencia queda puesta de manifiesto de múltiples formas: En primer lugar, como muestra la tabla «input-output» de la economía española (FIES, 1975), los distintos subsectores energéticos son «inputs» fundamentales

de la mayoría de las ramas de actividad de la economía española. En segundo término, dado el específico lugar que ocupa España dentro del esquema internacional de la división del trabajo, con una especialización relativa importante en sectores básicos, la intensidad energética de nuestra producción es muy alta (dicho de otro modo, somos ineficientes en términos de energía), y además el **ratio** que mejor define este concepto (Consumo de energía primaria PIB) sigue creciendo. En tercer lugar, somos muy deficitarios en energía, de forma que el 70 por 100 de nuestras necesidades tienen que ser atendidas con importaciones. En cuarto lugar, y resumiendo de alguna forma los tres puntos anteriores, la repercusión inflacionista de la energía es elevada.

Estos cuatro fenómenos son analizados en dos importantes colaboraciones de este número. Por una parte, el artículo de **Roberto Centeno** presenta las perspectivas del petróleo en los años 80, que, como es bien sabido, constituye el núcleo del problema energético. La estrategia de la OPEP es analizada a la luz de los acontecimientos históricos, que permiten trazar unas sombrías y evidentes líneas respecto de su actuación futura. En opinión de **Centeno**, ésta se resume en algo tan sencillo y claro como elevar continuamente los precios de los crudos, al ritmo máximo determinado por la capacidad de absorción de los países consumidores, al tiempo que la oferta se controla adaptándola a la demanda con un ligero pero trascendente (por sus efectos) déficit. Por tanto, la tensión en los mercados de crudos seguirá siendo la nota dominante en los próximos años.

Esta política va a suponer en 1981 que las rentas derivadas del petróleo superarán los 300.000 millones de dólares, saturando la capacidad de absorción de los países de la OPEP en casi la mitad de esta cifra, y en consecuencia complicando la ya inestable situación del sistema financiero internacional.

Asimismo, el trabajo de **Centeno** analiza las implicaciones de esta situación para la economía española, cuantificando el coste de los suministros de crudos para 1981 según distintas hipótesis. Según sus cálculos, todo ello llevará a una contracción del 10 por 100 de la producción industrial, una deflación del PIB de 7,4 por 100, una reducción de puestos de trabajo del orden de 400.000, y un coste adicional de divisas por importaciones de petróleo de más de 7.000 millones de dólares. Las perspectivas, pues, no pueden ser más sombrías.

El artículo de **Centeno** queda completado con la aportación precisa que hace el profesor **Otero** en cuanto a los efectos inflacionistas que de esta situación se pueden derivar, según distintas hipótesis de comportamiento de los agentes económicos españoles. Por las razones anteriormente expuestas, la economía española comienza 1981 con una inflación ya **comprometida** para el año, y que en la hipótesis mínima o conservadora (que el aumento de precios de los crudos equivalga a la tasa de inflación mundial, 14 por 100, con lo que el precio medio del barril en el año sería de 38,2 dólares) el modelo econométrico del profesor **Otero** da un 1,2 por 100. En el caso de que los empresarios reaccionen ante estas

elevaciones tratando de mantener sus tasas de beneficios, se produciría una inflación incremental del 0,8 por 100, y si, por su parte, los trabajadores quisieran mantener el poder adquisitivo de los salarios, inducirían una inflación incremental del 2,6 por 100. Si ambas fuerzas reaccionasen simultáneamente, la inflación total resultante sería del 10,2 por 100. De todo lo cual se desprende, en opinión del autor, la gravedad de la situación y la necesidad de acuerdos o pactos sociales que limiten el alcance de los efectos inflacionistas de la crisis de la energía.

#### UN BALANCE DE LA REFORMA FISCAL

Entre los cambios institucionales realizados en la época de la transición, la reforma fiscal ha tenido particular importancia. Una importancia de antiguo reconocida porque la reforma fiscal no ha surgido en nuestra realidad social y política por generación espontánea. Se ha madurado en muchas horas de trabajo y en muchos proyectos a los que se les negó la oportunidad de convertirse en disposiciones vigentes por obvias razones políticas durante muchos años. Pero este trabajo de lenta preparación —que no ha sido plenamente aprovechado como debía por la reforma realizada— ha terminado por posibilitar el cambio en nuestros impuestos.

Resulta difícil de exagerar la importancia que reviste una reforma profunda de la imposición en un país, y más en el nuestro. Es evidente que la generación de unos ingresos suficientes y justamente repartidos y funcionalmente adecuados a la economía en la que se exigen, constituía un instrumento indispensable para organizar la convivencia en un Estado pluralista que aspiraba a convertir —según proclama la Constitución— a nuestra sociedad en una democracia avanzada. Por otro lado, el retraso relativo de nuestro sistema tributario en relación con las tareas de él demandadas y con nuestra necesaria integración en la CEE recomendaban una puesta al día del cuadro de nuestros anticuados impuestos que seguían mostrando aún en 1977 la impronta y la configuración que les dieron las viejas reformas liberales. La reforma tributaria estaba, pues, profundamente motivada y se realizó. Desde su comienzo han pasado más de tres años.

En base a estos datos *PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA* recabó de **José Antón, Francisco Castellano** y **Jorge Pereira** un trabajo en el que se abordan tres problemas: cuál era la situación de partida y los objetivos que la reforma pretendía alcanzar, en qué punto nos encontramos actualmente y cuáles son los principales problemas técnicos que el desenvolvimiento del proceso reformador ha puesto de manifiesto.

Las conclusiones que cabe extraer de la lectura de su trabajo discurren en tres direcciones. En primer lugar, se pone de manifiesto que la reforma tributaria es un proceso necesariamente lento en el que el voluntarismo jurídico debe plegarse con frecuencia a las circunstancias reales del país que debe aplicar la reforma. En este sentido, la organización administrativa, adecuada para la petición del nuevo sistema, constituye requisito «sine qua non» para poder llevarlo adelante.

En segundo lugar, en el transcurso de la reforma han aparecido desequilibrios que perturban el correcto funcionamiento del sistema. Los tributos, como conjunto racionalmente ordenado, han de apoyarse y complementarse los unos a los otros y las variaciones en cada uno de ellos trascienden a la esfera de los demás. Así, la imposición sobre la renta y el patrimonio reclama su coordinación con el impuesto sucesorio, que se aplica todavía con arreglo al viejo esquema. Pero donde los retrasos en la ejecución de los planes primitivos están produciendo mayores trastornos es en el ámbito de la imposición indirecta, sector en el que la necesidad de la implantación del impuesto sobre el valor añadido, en sustitución del criticado impuesto general sobre el tráfico de las empresas, empieza a presentar caracteres de urgencia.

La tercera y última conclusión es la de la necesidad de reconsiderar labores ya realizadas. El tratamiento de la familia, el de las plusvalías, el sistema de retenciones y algunos otros temas más sobre los que nuestros colaboradores llaman la atención del lector, no pueden considerarse definitivamente zanjados y reclaman una reconsideración constructiva y consolidadora a la vista de la experiencia adquirida.

El saldo final del balance de la reforma fiscal emprendida presenta aspectos positivos que obligan a mirar a ésta como un recorrido parcial en el buen camino de construir un sistema tributario suficiente, flexible, justo y funcional que debería ser esfuerzo común de políticos, Administración y contribuyentes.

El reducido nivel de actividad económica y los defectos y deformaciones padecidos por el mercado de trabajo han coincidido en España con un crecimiento demográfico que plantea en la actualidad dolorosos y agudos problemas de desempleo. Dos artículos incluidos en este número —elaborado el primero por **Julio Alcaide** y el segundo por el **Grupo de Trabajo sobre los Problemas del Empleo** creado en el Ministerio de Economía a finales de 1978— ofrecen al lector una evaluación de la población activa española en esta década y de sus consecuencias para el nivel de empleo. Los datos ciertos de estas estimaciones y su coincidencia básica no dejan de impresionar a quien los analiza. Está claro que la población española en edad de trabajar como consecuencia del crecimiento demográfico en las décadas sesenta y setenta va a seguir creciendo hasta 1984 a razón de unas 260.000 personas por año. Pero no toda la población en edad de trabajar es activa. Es decir, está empleada o busca trabajo. Los citados estudios demuestran que el crecimiento de la población activa en los cinco primeros años de la década irá bajando desde la incorporación de unas 125.000 personas por año hasta sólo 100.000 personas en 1985.

La población activa, aunque moderadamente, será creciente a lo largo de toda la década de los ochenta. Ello supone que para no incrementar el número de parados sería necesario crear el suficiente número de nuevos empleos que cubran la mayor oferta de trabajo. De las dos investi-

#### OFERTA DE TRABAJO Y EMPLEO: DOS INVESTIGACIONES

gaciones comentadas se concluye que para reducir el nivel de paro es necesario que el número de empleos crezca, como mínimo, al 0,5 por 100 anual acumulativo. Dicho crecimiento sólo es posible con aumentos del PIB superiores al 3 por 100. Es decir, en la medida que la economía española crezca por debajo del 3 por 100 anual acumulativo, el paro, registrado o potencial, será creciente.

Las dificultades de llegar a esa tasa de crecimiento parecen obligar a definir políticas económicas que reclamen otras decisiones además de la de intensificar el crecimiento del producto. Moderación de los costes de trabajo, flexibilización del empleo, movilidad del trabajo, formación profesional, deberían ser alternativas que desde ahora se considerasen con toda la urgencia que imponen los datos básicos demográficos y económicos que configuran la situación presente y el inmediato futuro.

**LOS OBREROS  
ESPAÑOLES ANTE  
EL SINDICATO  
Y LA ACCION  
COLECTIVA**

Uno de los campos más delicados y decisivos al mismo tiempo para orientar el futuro español es el de las relaciones laborales en las que tanta importancia tiene la sindicación obrera. En el artículo que incluye este número de PAPELES, **Víctor Pérez Díaz** examina y trata de explicar la evolución del área de influencia sindical entre 1978 y 1980, y lo hace mediante la comparación de los datos obtenidos en las Encuestas a asalariados del sector industrial dirigidas por él en esos años en el marco del Programa de Investigaciones Sociológicas de la Fundación del INI.

**Víctor Pérez Díaz** distingue en su artículo dos tipos de área de influencia: **a)** el área de influencia en sentido restringido formada por un núcleo de afiliados (donde la influencia es mayor) y una periferia de simpatizantes (donde la influencia es menor), y **b)** el área de influencia en sentido lato, entendida como área de presencia sindical, en comités de empresa a los que se llega a través del voto, en la negociación de convenios, en la generación y control de conflictos laborales, etc.

Hecha esta distinción, el autor, a través del examen de la evidencia disponible, llega a la conclusión de que el área de influencia sindical en sentido restringido ha caído, merced a un fuerte descenso de los niveles de afiliación (56,4 por 100 en 1978 vs. 33,8 por 100 en 1980), y al mantenimiento de los niveles de simpatía. Pero, además, esta área de influencia se ha redistribuido entre las distintas centrales con respecto a 1978, pasando de un claro predominio de CC.OO. sobre UGT y una presencia visible de las centrales minoritarias, a una cuasi paridad entre las dos primeras y un cuasi colapso de los sindicatos minoritarios.

No parece haberse producido, sin embargo, un descenso parecido por lo que se refiere al área de influencia de los sindicatos en sentido lato, es decir, en la que se mide a través del voto de candidatos sindicales en elecciones a delegados y representantes en comités de empresa, y a través de la presencia de los sindicatos en la negociación de los convenios.



A juicio del autor esta caída de la afiliación (y, en general, del área de influencia restringida) simultánea al mantenimiento de un grado importante de apoyo a los sindicatos, se explica porque la actitud de los obreros hacia éstos es cada vez más instrumental, de intercambio de apoyo por servicios, y este apoyo se calcula, en términos muy generales, de modo que se obtenga el máximo resultado con el mínimo coste. Es decir, si los sindicatos son considerados principalmente instrumentos de negociación cabe obtener de ellos este servicio a cambio de un apoyo limitado: basta votar a sus candidatos o/y apoyarles en sus tareas de negociadores de los convenios, sin necesidad de afiliarse o comprometerse en otras actividades de los sindicatos. Si esto es así, ello puede traer consecuencias importantes, ya que si la extensión de la influencia sindical se mantiene a costa de su intensidad, ello afectará negativamente a la capacidad de movilización de los sindicatos al menos en lo que se refiere a objetivos extralaborales.

Esta hipótesis viene confirmada por la redistribución de fuerzas que se ha operado entre las distintas centrales a favor de las mayoritarias, porque los obreros quieren eficacia y vinculan ésta al poder sindical. E incluso se ve confirmada por el avance de UGT, que ha apostado por una imagen de moderación y acuerdo realistas dentro del marco existente, frente a CC.OO. que ha apostado más bien por una estrategia de movilizaciones, expresiva de proyectos de transformación del orden existente, del marco de relaciones industriales, y de la composición del gobierno. Los sindicatos parecen, pues, instrumentos, pero instrumentos hacia objetivos de relativa moderación.

Esta actitud instrumental y moderada de los obreros industriales respecto a los sindicatos se comprueba analizando sus preferencias y orientaciones al definir la visión que tienen de éstos. Las preferencias obreras se decantan claramente por una actividad sindical de negociación y asesoramiento laboral y no de presión sobre el Gobierno; por la independencia de los sindicatos respecto a los partidos políticos; por la moderación de los objetivos sindicales de poder en las empresas, y, finalmente, por una consideración de la huelga como instrumento que requiere reglamentación y subordinación a las negociaciones. Es consecuente con esto que el modelo de referencia de los trabajadores para sus objetivos de «poder» sea lo que ocurre en los países capitalistas avanzados, y muy en primer término en Alemania Occidental, y no lo que ocurre en los países socialistas.

Finalmente, el autor señala cómo son perfectamente congruentes con esta actitud instrumental y moderada: a) la valoración moderadamente crítica de los sindicatos por parte de los obreros, valoración que se extiende a lo ocurrido con huelgas y convenios; b) el retraimiento obrero en los debates intersindicales, y c) la opción obrera por un pluralismo institucional para canalizar su acción colectiva, que incluye tanto a los sindicatos como a los comités de empresa y las asambleas.

**ORDENACION Y  
LIBERALIZACION  
DEL SISTEMA  
FINANCIERO**

Tres disposiciones recientes: El Real Decreto 73/1981 y dos Ordenes del Ministerio de Economía y Comercio del 17 de enero han modificado de manera significativa el sistema financiero español. La fundamentación de esta reforma, sus pretensiones y la evaluación de los problemas que la misma ha suscitado constituyen el propósito fundamental de la colaboración escrita para este número de PAPELES por el Director General de Política Financiera, **Victorio Valle**.

Cinco principios básicos tratan de servir las citadas disposiciones: el de transparencia (clarificando los datos del mercado), el de libertad económica, el del estímulo de equiparación entre las entidades financieras, el de fomento de financiación a largo plazo y el de potenciación del mercado monetario. Probar cómo esos principios informan las disposiciones indicadas constituye la parte central del trabajo de **Victorio Valle**. Sin embargo, resulta claro que la larga marcha hacia la liberalización del sistema financiero iniciada en el verano de 1977 tiene aún importantes pasos que dar. A ellos se refiere también el trabajo sobre reforma del sistema financiero que este número de PAPELES publica. Al menos se enuncian los cuatro pasos inmediatos: el avance en la liberalización de las operaciones financieras con el exterior —que ya ha sido en parte dado—, la regulación de las instituciones de inversión colectiva, la continuación de la reforma del mercado de valores y la potenciación del crédito oficial.

No puede ignorarse que una reforma tan importante suscita siempre muchas dudas en la sociedad que la emprende. Estas dudas se han planteado al menos por las disposiciones recientes en tres puntos: el de si se producirá por razón de esas modificaciones un encarecimiento del crédito, la del propósito auténtico que con esas reformas se persigue (¿mejor financiación privada o colocación de la Deuda Pública?) y la fijación de límites cuantitativos a los depósitos con intereses libres. A esas tres cuestiones trata de ofrecer su respuesta en su última parte el trabajo de **Victorio Valle** que este número de PAPELES DE ECONOMÍA incluye.

**PROBLEMAS  
ECONOMICOS  
DE LAS  
COMUNIDADES  
AUTONOMAS:  
UN SEGUNDO  
REPASO A LOS  
PROBLEMAS  
ANDALUCES**

La sección de «Problemas Económicos de las Comunidades Autónomas» del n.º 6 de PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA se dedica a estudiar las posibilidades de desarrollo de Andalucía. La extensión, diversidad y naturaleza de sus problemas socioeconómicos justifican de sobra reiterar los trabajos que procuran dar luz a alguno de los retos capitales con los que esta región se enfrenta. Pero hay otra razón formal. El estudio de **Juan R. Cuadrado Roura** y **Enrique Torres Bernier** centraba su atención en describir la situación actual de la economía andaluza, mientras que el artículo de **Adolfo Rodero**, **José J. Rodríguez Alcaide**, **José J. Romero** y **Manuel Delgado** se orienta hacia el futuro, tomando como punto de referencia la situación de 1975 según los datos de las tablas «input-output» de aquel año. De este modo se completa el trabajo publicado en el número anterior de esta revista. Los autores del artículo aportan varias conclusiones sobre la situación de la economía andaluza en 1980 y 1985,

según el comportamiento de las principales variables económicas que se someten a diferentes hipótesis de crecimiento. El instrumento de análisis es un modelo de programación matemática de 30 ecuaciones en el que las ventas nacionales y las ventas fuera de España son las variables exógenas. El modelo incorpora los siguientes objetivos: aumento del empleo, maximizar el valor añadido bruto como medida de bienestar de la población andaluza y las necesidades de capital interno y externo a la región. En las condiciones más favorables los resultados de la investigación no dan pie a confiar en que se logre erradicar el paro de Andalucía en 1985; aun bajo condiciones económicas optimistas —aunque en los límites de lo posible— en ese año subsistirá un 7 a 8 por 100 de la población activa en paro. La disponibilidad de capital y el crecimiento de la demanda final son las principales limitaciones —según esta investigación— para el crecimiento de la economía andaluza. Además la coyuntura nacional y la evolución de la crisis energética añaden una notable incertidumbre al proceso de desarrollo andaluz en los próximos años.

Los artículos de **Juan R. Cuadrado Roura** y **Enrique Torres Bernier** y de **Adolfo Rodero**, **José J. Rodríguez Alcaide**, **José J. Romero Rodríguez** y **Manuel Delgado** se complementan con un conjunto de opiniones expuestas por personas comprometidas en el desarrollo andaluz y con experiencia sobre los problemas de su economía, a quienes PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA agradece profundamente su esfuerzo por reflexionar con rigor y comprometidamente sobre su región. La lectura de sus respuestas al cuestionario planteado por PAPELES, revela una notable coincidencia tanto en el diagnóstico como en las acciones para perfilar una nueva estructura productiva.

Sin excepción, para las opiniones recogidas, el futuro andaluz pasa por resolver los principales problemas de su agricultura que pueden agruparse según esas opiniones en: 1.º) Problemas institucionales. Son viejos problemas relacionados con las formas de explotación de la tierra que cobran nuevos matices y crean una grave consecuencia: el paro, al relacionarse la mecanización de las fincas con los obstáculos simultáneos para el trasvase de población a los otros sectores o para la emigración; 2.º) las insuficiencias de infraestructura. La falta de equipamiento social añade otro motivo para el atraso del campo andaluz, mientras la deficiente red viaria intensifica el aislamiento de los pueblos y encarece la comercialización de sus productos; 3.º) los efectos de una política económica que ha llevado a una pérdida relativa de las rentas agrarias y a la descapitalización de las empresas del sector; 4.º) el escaso desarrollo de una ganadería moderna e integrada en las explotaciones agrícolas; 5.º) la falta de un verdadero sistema agroalimentario, y 6.º) la presencia de bolsas de pobreza en la serranía andaluza que exige planes específicos para salir del subdesarrollo actual.

Por otra parte, los intentos de industrialización no han logrado resultados satisfactorios y la economía andaluza ha pasado de un fuerte predominio agrícola a una expansión del sector terciario, con un destacado atraso industrial que se hace aún más evidente si se desagrega el sector de la construcción de las actividades propiamente industriales. Salvo en

cuatro núcleos de Andalucía Occidental: Sevilla, Huelva, Cádiz y Algeciras, las instalaciones industriales de dimensión media son notoriamente insuficientes y, según opinión unánime de las personalidades consultadas, la política de polos de desarrollo y áreas de expansión no han logrado cambiar el escaso ambiente industrial de la región. El peso específico de sectores en crisis, como el textil o el naval, añade otro factor negativo, pues su reconversión conlleva, a corto plazo, un mayor desempleo.

El crecimiento del turismo ha aportado empleo y dinero a la región. Su influencia positiva se considera indiscutible, pero la misma rapidez de su desarrollo ha creado un cierto desorden y la aparición de problemas que podrían reducir las actuales ventajas. Un plan de saneamiento integral de sus costas, formación profesional, menor participación de los tours operadores en los beneficios, mayor utilización de las instalaciones hoteleras, aprovechamiento de la montaña, constituyen los medios más repetidos en la encuesta para asegurar el desarrollo del turismo regional.

#### EL FUTURO DEL SISTEMA ECONOMICO

La última de las secciones de PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA se ha propuesto desde el primer número ofrecer aquellos documentos que fuesen útiles para orientarnos en un tiempo como el nuestro marcado por una crisis que nos ha hecho perder lo que el Profesor José Luis Sampedro llama nuestro norte interno. «No sabemos lo que nos pasa y esto es precisamente lo que nos pasa», dijo Ortega en una ocasión y este diagnóstico orteguiano es el que motiva fundamentalmente el contenido de esta última sección de PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA. Porque lo que en él tratamos es de ofrecer documentos orientadores para iluminarnos en las soluciones y en las que no lo son, esto es, en las respuestas positivas y negativas, que deben darse a la crisis económica en la que nos encontramos.

Los documentos elegidos en esta ocasión los juzgamos de gran importancia. Se trata de dos trabajos clásicos de Keynes y Schumpeter y de dos artículos recientes de Samuelson y Scitovsky. Su término de referencia es el mismo: los principios que deben configurar el sistema económico para lograr una administración eficiente de los recursos escasos de las distintas sociedades.

Puede que algunos lectores consideren exagerado el acento que estas colaboraciones colocan sobre la necesidad de organizar un **sistema económico eficiente**. Hasta tal punto nos hemos acostumbrado en años recientes a escuchar que el progreso económico depende de los recursos disponibles o de la innovación tecnológica que parece especulativo y poco práctico insistir en que sin un sistema económico que funcione no hay progreso. Keynes nos dice en el trabajo que publicamos que el desarrollo económico es un fenómeno reciente que no cuenta ni con doscientos años y que detrás de ese hecho nuevo han estado la acumulación de capital y el progreso técnico pero, sin las costumbres (sociales y prácticas) económicas que han disciplinado en las sociedades industria-

les la asignación y distribución de los recursos, hubiera sido imposible el progreso de la economía. Dicho en otros términos el punto de partida del desarrollo de una economía se halla en la organización de las relaciones humanas, económicas y sociales que, reconociendo los derechos de cada sujeto respecto de la apropiación y utilización de los bienes, logren crear un ambiente de incentivos que dinamice la producción y en establecer unas normas (o criterios) que mantengan abierta la economía al cambio y a las innovaciones, sancionando de manera impersonal y eficiente los comportamientos contrarios al progreso.

Las cuatro colaboraciones que PAPELES incluye como excursión final hacia los problemas del futuro transmiten un mensaje claro para iluminarnos en tiempos de crisis. Este mensaje es el de depurar el sistema económico de rigideces e ineficacias, delimitar con claridad los papeles del mercado y del sector público, impedir a toda costa la rigidez de las relaciones económicas y podar de intervencionismos impropios, costosos social y económicamente, el diario quehacer de las empresas. Es cierto que en esta labor de definir un sistema económico eficiente hay disparidades entre los economistas. Algunos desearían aligerar todo lo posible el peso del sector público a la actividad económica nacional. Otros piensan, sin embargo, que es necesario escuchar el mensaje de estos liberales para evitar los defectos del funcionamiento de la economía mixta pero que ello no debe llevar a la postura extrema e ineficiente de querer desembarazarse de fundadas presencias estatales para conseguir metas que los ciudadanos de las economías mixtas actuales desean. En cualquier caso, este es un pleito que debe resolverse en función de las ideologías de cada ciudadano. Y para iluminarles en esa elección, que deseamos libre y responsable de nuestros lectores, les hemos traído las voces de los grandes maestros a los que sería importante escuchar en tiempos desgraciadamente dominados por la duda y el escepticismo.